

# **El Bilbao barroco, formaciones urbanas, infraestructuras y mercados en una ciudad de piedra**

*Dr. José Carlos Enriquez Fernández*

***Barroko garaiko Bilbo: hiriaren egituratzea, azpiegiturak eta merkatuak harrizko hirian***

***Baroque Bilbao, urban formations, infrastructure and markets in a stone city***

Tanto en el plano conceptual como en la praxis histórica, Bilbao no podía quedar circunscrito por la relevancia de su emplazamiento medieval y renacentista o comprenderse por las múltiples actividades económicas protagonizadas por mercaderes, manufactureros y artesanos. Ambas realidades constituían axiomas formativos del imaginario urbano, pero no eran las únicas. La ciudad era, además, la suma de sus construcciones nobles y eclesiásticas y la de aquellos edificios públicos o privados que evidenciaban la presencia del poder político, ideológico y social ubicados siempre intramuros y en lugares distintivos y preeminentes del casco urbano. Así, la ciudad tendió a evidenciar –en su estructura y fisonomía– los diseños de la sociedad, el status y el dominio (en todos los extremos) de la iglesia y de la nobleza. El ideal renacentista y barroco de ciudad era aquél que soñaba con un cosmos levantado en piedra, al mismo tiempo nobiliar y palaciego, como magistralmente compendia el siguiente texto del jesuita Gabriel de Henao (1689). *“Está edificada en puesto llano y anchuroso. Las calles y casas tan a nivel y regla que parece todo el lugar; miradas las calles más principales, una grande casa nueva, firme y alta. Tanta unidad y semejanza hay en variedad tanta. Las casas son a una mano de ladrillo; algunas de piedra ostentan grandeza de palacios; otras antigüedad respetable de castillos y torres. Las alas de los tejados con tanta buena disposición que, cuando llueve, se puede andar por lo más frecuentado, casi sin mojarse. La limpieza de las calles enlosadas o empedradas es grande, a causa de que todas las de las mejores tienen expedientes al río, que se desocupan con el agua de una alberca capacísima, de donde se distribuye al menester dicho y a varias fuentes. El agua de aquella alberca viene encañada del río, por mucho trecho: obra excelente y muy provechosa al servicio público. En las calles no ofende el sol, cuando más pica, porque la altura e igualdad de las casas lo impide (...) La cercanía del río y la acera larga de casas altas, vistosas y fuertes, rasgadas con ventanaje, adornado de innumerables rejās ... hacen magníficamente ostentosa la plaza, en la cual se terminan con una puerta de arco siete principales calles. Las márgenes del río es un alto y hermoso caz de piedra labrada, que se extiende muy a lo largo, y más allá de la villa y arrabales, sitio bellísimo, porque sin estar del todo dentro ni del todo fuera del lugar, junta en uno lo ameno y deleitoso de ribera, de campo y arboleda con lo apacible de población (...) Dentro de la misma villa hay también muchos jardines, cultivados con grande esmero y el azahar de los limoneros y naranjos en unos y otros halaga a varios tiempos el olfato. El clima de Bilbao es muy benigno: no hay exceso en el frío ni en el calor (...) Sus vecinos, naturalmente belicosos y denodados, robustos, sufridores de trabajo. La primera alhaja que se ofrece a la vista, al entrar en las casas, son los mosquetes, frascos, picas, dardos, espadas, pavesas y escudos. Estas son las colgaduras, y estas las pinturas ... Las muestras de armas son ordinarias en Bilbao, y el apercebimiento para sucesos repentinos grande. Tienen señalados*

*sus Cabos las calles, para que los vecinos estén a su dirección en ocasiones de rebato*"<sup>1</sup>

Quizás debería excusarme por la larga extensión de la cita reproducida, pero no he podido sustraerme del cúmulo de premisas que en relación a la ordenación de la villa se expresan, del proyecto de ciudad y territorio que se recrea; en resumidas cuentas, del imaginario urbano que se concita. En efecto, la cultura artística del padre Henao, un conceptista barroco, vislumbra una ciudad bastante diferente de la de sus colegas del siglo XVI.. Medina, Poza e Ibargüen y Cachupin veían Bilbao con una perspectiva transversal corta. Henao, por su parte, propone una percepción global de las diferentes partes del organismo urbano, relacionando la ciudad con su ámbito geográfico de manera más clara e incisiva, proyectándola sobre el territorio con una perspicacia casi infinita. La ciudad se extiende sobre un territorio que domina y humaniza, adecuada y ordenadamente. De hecho, nadie se sentiría alarmado si afirmara que el historiador del Seiscientos dibuja, con su narrativa proliza, el primer paisaje urbano coherente de Bilbao. La perspectiva, como instrumento de tales representaciones, es empleada por el jesuita con una conciencia insoslayable, apostando por una concepción de ciudad entendida como empresa total. Todos los puntos de fuga de la ordenación rectilínea –una de las obsesiones del pasaje extractado– confluyen en el Mercado, al que se accede por siete puertas flanqueadas por casas-torre; puertas que, a la postre, constituyen un vestigio vivo de la vieja traza urbana medieval y que a lo largo del siglo XVI, y sobre todo durante el siglo XVII, son los ejes de donde parte una perspectiva múltiple de un callejero relativamente corto, pero siempre rectilíneo, con edificios alzados y ordenados simétrica y regularmente. El desarrollo de la ciudad se basa en la optimización del limitado territorio jurisdiccional y se lleva a cabo planificando y encabalgando edificios de varias alturas con grandes voladizos que irrumpen a las calles desde sus cubiertas, proporcionando sombra en la estación seca o refugio al vecindario ante las frecuentes lluvias. Las calles que recrea Henao aparecen enlosadas y limpias, afirmando el secular carácter peatonal del casco viejo bilbaíno. El Nervión es integrado en el entramado urbano, siendo el espacio libre interior que se extiende entre la iglesia de San Antón y la puerta de la calle de Barrencalle-barrena, es decir, la Plaza Mayor, modelado y recreado en una propuesta de escenarios múltiples: muelle de carga y descarga, mercado, paseo arbolado, lugar de ocio, encuentro social y fiesta, espacio de conmemoración de ritos públicos y, en su frente, una hilera de edificios con grandes ventanales, presentando rejerías nobles, que sirven a sus dueños para ver o para ser vistos por los paseantes de tan

---

<sup>1</sup> G. de Henao, *Averiguaciones de las Antigüedades de Cantabria aderezadas principalmente a descubrir las de Guipúzcoa, Vizcaya y Alava*. Eugenio Antonio García, impresor. Salamanca, 1689. Tomo II, Libro I, Capítulo XLIV.

prodigioso lugar. Así pues, ese espacio de ubicuidades se erige al compás del semicírculo o meandro que sigue la derrota de la Ría a su paso por la Ribera y las Siete Calles, las cuales –vuelvo a reiterar– progresan en secuencias rectas que culminan, sin que Henao las señale, en la parroquia de Santiago y en el Portal de Zamudio, dos edificios del pasado, pero ya de piedra. Los puntos de fuga longitudinales aparecen cortados por cantones más o menos paralelos a la ría y ribera, perfilando una damero de calles y edificios de geometría regular, que no es visible desde un punto concreto, sino en movimiento o –mejor aún– desde altozanos, por ejemplo, la basílica de Begoña o el Convento de San Francisco, paralelepípedos extramurales religiosos que sitían el oriente y el poniente de la villa. Bilbao, además, ha abordado y “resuelto” ya el campo de la hidráulica civil, muy problemático en los siglos precedentes, canalizando mediante albercas y caños un servicio municipal de provisión y suministro de aguas al conjunto vecinal e instituyendo una red de fuentes callejeras para el surtido de los hogares. La ciudad, por fin, se confunde con el paisaje rural. Ante jardines y huertas bien cultivadas engalanan las casas patricias y mercantiles que se desparraman por el ensanche barroco en torno al Arenal, augurando la fisonomía urbana de la *ciudad soñada* del Setecientos. Un nuevo imaginario irrumpe en la historia de la villa: la recreación olfativa de una ciudad que huele a azahar y limonero. El interior de los inmuebles compendia la hegemonía de la estética nobiliaria imperante en aquella centuria: una decoración plagada de artefactos armeros y de guerra, que para la época perfectamente expresaban otro de los imaginarios de la comunidad imaginada, la de los *bilbaínos nacidos libres*, siempre dispuestos a participar –con sus cabos de barrio a la cabeza– en los innumerables alardes urbanos que singularizó e impuso la belicosa Europa del Siglo de Hierro<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Lógicamente, la identidad comercial que expresaron los historiadores y cronistas renacentistas no se perdió en el transcurso del siglo XVII. El historiador Rodrigo Méndez Silva, en su *Población general de España. Sus trofeos, blasones ...* (1675), describe la villa vizcaína –haciendo especial hincapié en su carácter señorial y noble– de la siguiente manera: “(...) Bilbao, puerto frecuentado de varias embarcaciones, mercaderías, especialmente lanas, con capaz muelle, que es la plaza mayor suya, hasta donde suben los bajeles, ... , en amena llanura, (a los) márgenes del espacioso río Nervión ... (con) siete puertas, otras tantas calles, templado y saludable clima ... Habítanla mil doscientos vecinos, nobleza, divididos en cinco parroquias, cinco conventos de frailes y siete de monjas (...) por armas en escudo su puente de dos arcos sobre el río, encima cierto templo y torrecilla y más arriba dos lobos. La gobierna Corregidor. Fue fundada por Don Diego López de Haro” (cit. por T. Guiard, *Historia de Bilbao*. La Gran Enciclopedia Vasca. Bilbao, 1974. Vol. V, nota 144, p. 79). Y el viajero barroco Colmenar, en sus *Delices de l’Espagne et le Portugal*, subraya la función intermediaria de la villa en el tráfico intercontinental, a partir de la descripción de un enclave que se postula en mi opinión apuradamente mitificado: “Es una residencia muy agradable a causa de la belleza del paisaje, de los encantos de la situación, de la bondad del aire que se respira, de la fertilidad del suelo y de la magnitud del comercio que hace y que convierte a la ciudad en almacén de la mayor parte de la mercancías que salen de España para Francia, Holanda, Inglaterra y de las que llegan de estos países a España”. (Cit. por T. Guiard, *Ibidem*, vol. V, pp. 76-77). Estos textos, junto al reproducido arriba de Henao, vislumbran una ciudad en crecimiento, en claro contraste con el retraimiento generalizado que constamos para Castilla a lo largo

El texto es modélico en su género y apunta algunos de los recorridos que me propongo seguir en este breve ensayo. En su desglose, lo primero que cabe plantear son los caracteres fisonómicos e históricos de aquella ciudad de piedra, los diseños e hitos arquitectónicos que encuadran al Bilbao barroco. De manera consciente he usado el texto de Henao, publicado en 1689, para subrayar el contraste de las frecuencias constructivas entre la ciudad de madera y la de piedra. Hasta el año 1571 el escalonamiento edificativo de Bilbao había sido caótico, erigido por el libre albedrío, la “fantasía” y las necesidades de propietarios y usufructuarios de solares, promoviendo un modelo de ciudad compuesto por casas bajas, casas almenadas, casas-torres, casas de dos alturas, caseríos, bodegas, almacenes, bastardas, talleres, etc., alzándose en danza de posiciones, sin regla ni concierto y desperdigándose por Zabala, Ibeñi, Allende el Puente, Achuri, San Agustín, Ascao y Arenal. Sólo el espacio limitado de las Siete Calles aparentaba un cuerpo estructurado de ciudad. Todo ello, excepto seis torres y la red eclesiástica de la villa, quedaría arrasado por el incendio del mencionado año, evaluándose la destrucción causada en más de millón y medio de ducados, una cantidad escalofriante para aquella época. A partir de entonces, el Consistorio estableció un sistema de ordenación urbana que propugnaba la idea de construir o levantar una urbe materializada en piedra. Y *con el fin de adornar esta noble villa* –tal y como proclamaron los ayuntamientos bilbaínos del Renacimiento tardío y de los Austrias menores– se acordó la adquisición de todos los solares que se abandonaran, el derribo de pretilos y restos de murallas, la reorientación de la retícula caminera jurisdiccional y todas las vías de servidumbre internas de la ciudad y el establecimiento de ordenanzas edificativas estrictas, por las cuales toda construcción debía contar con licencia municipal previa, debía adjuntar memoria de proyecto y planos y debía ajustarse a un diseño de proposiciones urbanísticas, según el cual cualquier vivienda que se proyectase estaría sujeta un contexto sistemático de simetrías callejeras y urbanas<sup>3</sup>. Esta política ordenadora –si se me permite evaluarla globalmente– tuvo su cara y su cruz. La

---

del siglo XVII. Bilbao se convirtió a partir del año 1660 en un nuevo y hegemónico centro financiero no sólo de la cornisa cantábrica, sino de toda la mitad septentrional de la Península, y tal circunstancia redundó en la mejora progresiva de la fisonomía de la ciudad. Para una mayor explicación y contextualización económica, véase, L.M. Bilbao, “Crisis y reconstrucción de la economía vascongada en el siglo XVII”, en *Saioak*, vol. I (Bilbao, 1977), pp. 157-180, y del mismo autor, “Exportación y comercialización de lanas de Castilla durante el siglo XVII, 1610-1720”, en *El pasado histórico de Castilla y León. Edad Moderna*. Burgos, 1983, vol. II, pp. 225-243; y B. García Vega, *Demografía y sociedad de la villa de Bilbao en la primera mitad del siglo XVII*. Memoria de Licenciatura. Bilbao, 1974 (Mecanografiada, inédita).

<sup>3</sup> Sobre el diseño de la ciudad europea, sus etapas y evoluciones históricas durante la Edad Moderna, véase P. Sjöberg, *The preindustrial City*. Glencoe, 1960; la insuperable y ampliamente reeditada obra de R.E. Dickinson, *The West European City*. Londres, 1961; el reciente trabajo de L. Benevolo, *La ciudad europea*. Barcelona, 1992; y, para el caso español, el viejo tratado de A. García Bellido et alii, *Resumen histórico del urbanismo en España*. Madrid, 1974.

compra de suelos yermos, solares vacíos, bodegas, descampados, huertas, heredades y casas desoladas, permitió por vez primera esbozar un programa urbanístico racional supervisado por el Regimiento, el Corregidor y maestros artesanos de la construcción comisionados para peritar las obras que se iban proponiendo, siendo sus resultados los descritos y resumidos por Henao. Por el contrario, en la medida en que el Concejo revendió todo lo adquirido a una minoría hacendada, lo que supuso que esta se hiciera dueña de todo el suelo de la villa, con semejante proceder el ayuntamiento barroco bilbaíno también construyó una trama de la propiedad inmobiliaria en la que el vecindario quedaba despatrimonializado. Y tal circunstancia debe interpretarse y leerse como una distorsión y una hipoteca para la cohesión ulterior de la comunidad imaginada, como de alguna manera atestigua y demuestra el ciclo machino local que caracterizó al periodo extendido entre los años 1590 y 1650<sup>4</sup>.

En cualquier caso, la fisonomía urbana de la ciudad de piedra se trenzó en dos fases claramente diferentes. En la primera, de marcado carácter público, se culminó el diseño de la estructura física de Bilbao. Las Siete Calles confirmaron su traza antigua, se levantaron viviendas de altura homogénea que debían respetar los quince codos de anchura de calle y penetraron en el corazón de la ciudad sin pretensión promiscua, desbaratando para siempre lo que había ocurrido anteriormente. La Ronda, aquella calle fría y gris que circunvalaba la vieja muralla derribada, se completó y se extendió desde la torre de Leguizamón con edificaciones alineadas hasta el Portal de Zamudio. Las calles comprendidas entre Somera y Tendería avanzaron hasta verse imposibilitados sus progresos por la presencia cortante de las iglesias de Santiago y los Santos Juanes. En torno a Santiago se esbozaron callejuelas, como la Cinturería, proyecto urbanístico que desahogó a la vieja Tendería y que propuso nuevas travesías y cantones a la gestión urbanística del Seiscientos tardío y sobre todo del Setecientos. Entre Barrencalle y Santa María se habilitó un espacio exento que sirvió para descongestionar la Plaza Mayor y que el siglo XVIII convertiría en el Juego de Pelota. Y es que, sobre lo último dicho, tan importante como la ejecución de edificios nobles, calles nuevas y viviendas para el común

---

<sup>4</sup> La despatrimonialización del vecindario comportó desde el siglo XVII hacinamiento, especulación y unas rentas procedentes de los arrendamientos urbanos claramente alcistas y beneficiosas para las clases nobiliarias asentadas en la villa vizcaína. El siguiente testimonio correspondiente al tercer decenio del Seiscientos recrea míticamente la relación entre crecimiento demográfico, desarrollo urbano, despliegue del capital inmobiliario y viviendas disponibles, en unos términos algo crípticos: "(Bilbao) *ya no cabe en sí misma y se edifica tanto que está ya doblado de lo que era y los que ayer serían son tan ricos que edifican casas de a 40 y a 50 mil ducados, que los dueños de casas viviendo en ellas les valen de renta al año entre 700 y 500 a 600 y a 800 ducados y que no hay en dicha villa donde pueda caber un vecino más*" (T. Guiard, *Historia...*, vol. V, p. 76).

de los vecinos, fue la remodelación del espacio público que aquéllos iban delimitando. El objetivo concejil era crear escenarios funcionales adaptados a toda clase de ceremonias y rituales públicos, fenómenos ambos que revestían una trascendental importancia para el enaltecimiento de la *República Honrada*, para la mitificación de la comunidad imaginada<sup>5</sup>. Con todo, la *revolución urbanística* del Bilbao barroco halló su exteriorización más palmaria en la colonización del amplio espacio que se extendía entre Santiago y el entonces llamado Prado del Arenal. Con ella se finiquitó la segunda fase urbanizadora apuntada líneas arriba, con una contradictoria dirección pública y un marcado protagonismo privado. Digo contradictoria dirección pública porque los consistorios bilbaínos del siglo XVII se limitaron a “urbanizar” los alrededores de la parroquia de Santiago, adquiriendo solares –que luego revendieron mediante remates y pujas a la baja– en los llamados “cuatro caminos” o “caminos nuevos”, sobre todo en el cruce de San Miguel, levantando una carnicería que sería la cabecera de la futura calle Correo. Idéntico expediente y procedimiento se advierte para el Paso de la Cruz, edificándose en el Portal de Zamudio una cárcel y un peso público como singulares avanzadillas edificativas para flanquear a la que luego sería la distinguida y excluyente Calle Real. Por último, para desbaratar el hacinamiento de las Siete Calles y Allende el Puente, se relanzó el viejo barrio de Ascao, formulando lo que habría de convertirse definitivamente en las Callejas e Iturrubide, un complejo espacial de lonjas y almacenes para el comercio y de servicios laborales para las artesanías locales que generaban elevadas cantidades de residuos contaminantes. En realidad, el Bilbao que nos recrea Henao es aquel que piensa más en el ensanche barroco que en el casco viejo renacentista. Y es que las priorizaciones urbanísticas de la ciudad de piedra fueron abordadas y asumidas por una minoría de notables con nombre propio, por el Doctor Ocariz, Musaurieta, Llaguno, Castaños, Legorburu y otros acaudalados mayorazgos y ricos comerciantes que fueron capaces de levantar formidables casas señoriales en el Arenal y en la Ribera, por Mendieta y Recobedo, en la calle Correo, o por las cúpulas del Consulado, que facilitaron el drenado y cox de la Ría a su paso por Bilbao, que concertaron con el Ayuntamiento la Fábrica de la Estufa en torno a la parroquia de San Nicolás y que promovieron la construcción de nuevos muelles y terraplenes en la Sendejá, la Ribera y el Arenal, con el objetivo de expandir y normalizar el trajín mercantil y la estiba naviera que hasta bien avanzado el Seiscientos se concentraba todavía alrededor de los embarcaderos de Barrencalle<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> E. Muir, *Civic Ritual in Renaissance Venice*. Princenton, 1981, esp. cap. V, donde analiza “la república de las procesiones”.

<sup>6</sup> T. Guiard, Idem., vol. I, pp. 371-375, y vol II, pp. 355-357; J del Vigo, *Arte y urbanismo en el Casco Viejo de Bilbao*. Bilbao, 1990, esp. pp. 63-66.

Corriendo el siglo fueron contruidos los arcos y soportales de enfrente del Mercado: los del torreón de Arana en 1665; los de la casa-torre de Zornoza en 1675; los del edificio de Olloqui, en Belosticalle, en 1694; los del mayorazgo de Bertendona en 1695, y Pagoeta al año siguiente<sup>7</sup>. Bilbao concluía el siglo construyéndose como una entidad noble, desdeñando cualquier atributo o vestigio burgués, flanqueando cada calle del casco histórico con casas-torres y arcadas que enaltecían al estamento patricio, pues las edificaciones que habitaban se revestían con una proliferación ornamental de símbolos y atributos externos que tenían como finalidad reflejar todos los imaginarios estamentales y nobiliarios de aquella ciudad barroca que anhelaba convertirse en una ficción armónica, en un enclave de maravillas artificiosas y en un laberinto del estupor arquitectónico<sup>8</sup>. La prueba más veraz de cuanto afirmo queda ejemplarizada por la casa-torre de Martín Saenz de Guemez, superviviente todavía en el seno de la trama urbana del Bilbao decimonónico, y que fue descrita por Delmas<sup>9</sup> antes de su definitivo derribo: un colosal rectángulo de 60 pies de frente, por 62 de lado, con paredes en el cuerpo bajo de 7 pies de grueso, 5 en los pisos superiores y 3 en los últimos, elevándose 81 pies hasta coronarse con cresterías góticas, todo él fabricado con anchos y toscos sillares de piedra arenisca, dominaba la entrada y la carrera de la calle Artecalle. En su fachada, dos puertas ojivales culminadas por dovelas daban paso a un escudo gigante, dividido en cuatro cuarteles en el que campeaban leones y árboles alternos. En el primer piso, una sala espaciosa aparecía decorada con molduras renacentistas. Su techo, con bovedilla, dejaba libres solivas ornamentadas con cabezas de ángeles, guerreros, casetones de flores, etc. La fachada, finalmente, se completaba con un escudo armado monárquico, otro de Vizcaya y otro de Bilbao, todo ello acompañado de dos carteles apaisados, uno nombrando a los reyes que habían visitado la torre, y el otro con las inscripciones laudatorias típicas de una ciudad señorial, reflejando con la escritura grabada la visibilidad del poder político del patriciado local y proponiendo un denso campo de relaciones imaginarias, aquél que se formulaba entre escritura en piedra, escultura en alto relieve y espacio nobiliario; entre escritura epigráfica y monumento estamental; entre signos de la poligrafía política y desarrollo urbano; entre exposición hegemónica y lecturas de la comunidad vecinal; y entre poder expreso y programación urbanística<sup>10</sup>. La proliferación

<sup>7</sup> T. Guiard, *Idem.*, vol. II, p. 358.

<sup>8</sup> A. Aracil, *Juego y Artificio. Autómatas y otras ficciones en la Cultura del Renacimiento a la Ilustración*. Madrid, 1998., *passim*.

<sup>9</sup> E. Delmas, *Cosas de antaño. Capítulos históricos*. Bilbao, 1896, p. 39.

<sup>10</sup> Sobre el programa de exposición gráfica de los poderes instituidos urbanos durante la Edad Moderna, véase, A. Petrucci, *Alfabetismo, escritura, sociedad*. Barcelona, 1989, esp. pp. 59-61; A. Castillo Gómez (ed.), *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*. Barcelona, 1999, esp. pp. 27-29. Para el caso de una villa vasca, J. Madariaga Orbea, *Historia local de Bergara en su época preindustrial*. Bilbao, 1991, esp. p. 50.



de este tipo de edificios a lo largo de todo el espacio jurisdiccional bilbaíno posibilitó la extensión de los “espacios cívicos respetables”, hasta entonces más o menos circunscritos a las iglesias y conventos, cuya sacralidad ordenada había sido obtenida después de siglos e innumerables combates socioculturales y que ahora apuntalaba la Contrarreforma<sup>11</sup>. En cualquier caso, quedan pocos vestigios actuales de aquella ciudad de piedra, pudiendo resumirse las reglas y características edificativas de la misma en la siguiente forma: las casas de erigían alineadas, cimentadas y con paredes de piedra arenisca, procedente de canteras próximas a Bilbao, sobre todo de Arrigunaga. En la construcción de edificios señeros y nobiliarios comenzó a emplearse la piedra blanca de Ganguren, muy apreciada por la ciudad burguesa del siglo XIX. El ancho de las paredes del primer suelo siempre era más grueso que el de las alturas inmediatas, a veces hasta el doble, elevándose el edificio a nivel. Las paredes, además, quedaban exentas de postes y las solivas afianzadas y rematadas. Los suelos se empedraban con piedra menuda; a veces –una práctica habitual en las viviendas patricias– se entarimaban con tabla naviera. Los techos se construían machihembrados. Las escaleras de acceso a los pisos se ejecutaban con piedra o mampostería, dependiendo del estatus o de la categoría del habitáculo que quisiera darle el propietario o constructor. La argamasa empleada era una mezcla de polvo de herrería y arena. En las juntas se usaba betún, brea y resina. Por lo que indican las fuentes históricas también se empleaba mucho la estopa como elemento de solidificación. El yeso, la cal y la madera de construcción servían para cubrir y embellecer las habitaciones interiores. Las ventanas y lumbreras eran de piedra labrada llana, de madera ensamblada y entallada o mezcla de ambos materiales. Una casa noble gustaba de presentar esquinas bien cinceladas, trabajadas a pie de obra. Las puertas generalmente eran de madera de roble y los enrejados de los grandes ventanales de las viviendas patricias, así como las balconadas corridas presentaban una manufactura férrea compacta, que en muchos casos constituían fantasías promovidas por los propios propietarios y que ejecutaban los maestros herreros de la villa o del Señorío siguiendo al pie de la letra el diseño proveído por aquéllos. Los pocos excusados documentados comenzaron a trazarse de calicanto, siguiendo los dictados que desde fuera les iba requiriendo o exigiendo la red de cañerías que los consistorios promovieron y reglaron de forma muy activa, como a continuación veremos, desde el siglo XVI. Las condiciones de ejecución de obras eran muy rigurosas con las cubiertas, exigiéndose que estuvieran bien protegidas con tejas, tuberías de latón, capirios y cobertores para

---

<sup>11</sup> La afirmación de estos lugares cívicos respetables como espacios sagrados también es confirmada, estudiando el caso de Florencia, por J. Brewer, “Culture as commodity, 1660-1800”, en A. Bermingham y J. Brewer (eds.), *The consumption of culture, 1600-1800*. Londres, 1995, esp. pp. 341-345.

impedir el embolsamiento de aguas y las humedades de las techumbres. Como ya he señalado, ninguna casa podía levantarse sin proyecto previo, confirmando una traza cantera y carpintera, supervisada y ajustada entre diferentes agentes, el Concejo, el propietario, el constructor o rematante y los artesanos contratados, es decir, canteros, carpinteros, peones, mozas peonas, asentadores, aparejadores, conductores de materiales, cerrajeros, yeseros, latoneros, ladrilleros, herreros, claveteros, etc.<sup>12</sup>.

## II

La ciudad de piedra era la obra culminada de la ciudad de madera medieval y renacentista. Una síntesis de múltiples transiciones y el corolario de una serie de preocupaciones y problemas a los que, con mayor o menor fortuna, se había intentado dar respuestas y soluciones. El texto introductorio de Henao nos señala uno fundamental y trascendente en toda aglomeración humana: el aprovechamiento y surtido de aguas<sup>13</sup>. Durante siglos, al menos hasta el Cuatrocientos avanzado, la ciudad primitiva se bastó con los acuiferos de Ibeni, los chorros del Portal de Zamudio, los de la casa Arbolancha, en el Arenal, y los de la Plaza mayor. Todos ellos serían insuficientes para afrontar los espectaculares crecimientos del siglo XVI. Entonces hubo una concurrente e incluso alocada carrera para usar los arroyos de Ascao, Urazurrutia y Ollargan, los cuales, a tenor de los resultados, fueron escasos para saciar a una población que crecía vertiginosamente y para abastecer a un enclave urbano que cabalgaba en un ciclo de despegue económico, tanto protoindustrial como mercantil. A lo largo de esta centuria, la imaginación artesana diseñó propuestas para acercar el agua dulce hasta las casas, plazas, calles y talleres de la ciudad. Maestros como Martín de Aguirre, Guiot de Bogrant, Juan de Lariz, Francisco de Arana. Martín de Arriaga y otros idearon una canalización de aguas basada en losaduras cañeras, caños mayores y menores, sangrade-ras, etc., celosamente pulidas, enfoscadas y betunadas, e insertadas en una hilada de sillería de paredes de piedra labrada que recorrían por doquier los

---

<sup>12</sup> El compendio del esbozo constructivo, así como sus diseños materiales y reglas de urbanización de la ciudad de piedra no deja de ser un extracto apurado y conciso, sugerido por la lectura de innumerables escrituras de construcción de casas que los escribanos bilbaínos del siglo XVII recogen en su protocolos notariales. Su enumeración es ociosa y remito a los fondos del Archivo Histórico Provincial de Vizcaya (A.H.P.V.) correspondientes a dicha centuria para ampliar lo apuntado o resolver cualquier duda.

<sup>13</sup> Como orientaciones generales, véase, M.T. Pérez Picazo y G. Lemeunier, *Agua y modo de producción*. Barcelona, 1990, si bien el desglose de capítulos apuesta más por el análisis del agua como recurso económico aplicado al desarrollo de actividades agropecuarias que a su uso urbano y humano. Para la línea seguida por este ensayo es más sugerente el artículo de G. Lenclud, "L'eau dans la cité. Techniques et milieu symbolique", en *Etudes Rurales*, vols. XCIII-XCIV (París, 1984), pp. 151-161.

diversos puntos cardinales de la villa. Debe repararse y subrayarse que el sistema de provisión de aguas a la ciudad habilitado durante esta centuria pervivió en la práctica hasta bien entrado el Ochocientos, ya solapándose, ya ajustándose a los ritmos de las mejoras técnicas que fue imponiendo el desarrollo histórico. El mecanismo de distribución era bastante sencillo: dos “linternas de turno” –usando un vocablo de la terminología hidráulica preindustrial de origen holandés–, es decir, dos arterias centrales que surgían del Pontón, se adentraban en la ciudad; la primera servía para limpiar las servidumbres, la suciedad y las viscosidades que generaba la villa, ubicándose en la Ronda; la otra se desperdigaba por las siete calles en multitud de caños que confluían en el río, a través de la Plaza mayor, y en la linterna de la calle Ronda. Los caños que se trenzaban por el callejero urbano se organizaban y fluían a través de otros sistemas subsidiarios de linternas menores habilitados en los cantones que culminaban en fuentes públicas en la plazuela de los Santos Juanes, Portal de Zamudio, Carnicería, Matadero, Plaza de San Miguel y Portal de Barrencalle. Este caño urbano central tenía una longitud superior a los cinco kilómetros, permitiendo correr el agua varias veces a la semana al objeto de oxigenar y limpiar el sistema y la red. A su mantenimiento y gobierno estaban convocados todos los vecinos propietarios, quienes para supervisar el estado y mejoras de la infraestructura nombraban a su vez un mayordomo por cada calle. Estos individuos tenían funciones inspectoras y la obligación de informar al ayuntamiento de cualquier irregularidad o anomalía que observaran, así como recibir la contribución exigida por los Propios y Arbitrios de la villa a cada una de las casas suministradas. Tal tasación se verificaba a partir del número de ventanas con que contase el inmueble abastecido<sup>14</sup>. El agua, como sabemos, es uno de los factores de naturaleza vital más necesarios para la adecuación del desarrollo humano con el desenvolvimiento urbano. Ahora bien, para el urbanita bilbaíno del pasado, el agua no constituía una fuente autónoma, ni un recurso de uso gratuito y aleatorio. Sabía –mucho mejor que en la actualidad, porque las cañerías recorrían la superficie de Bilbao como venas abiertas– que precisaba tratamiento técnico, incentivos productivos y de mantenimiento, estructuras socioeconómicas suficientes y estables y demanda poblacional. Sabía también que para el normal desarrollo de una red de aprovisionamiento se exigía un nivel mínimo de estructuración del espacio y un modelo armónico de ciudad. Los desfases de tales implicaciones en el Bilbao renacentista tendieron a desfuncionalizar de manera cíclica cualquier propuesta de sistema hidráulico apropiado y racional, pues éste se imbricaba en un marco urbano muy poco ordenado, bastante caótico y nada lineal. Creo que, en términos generales, la conformación y progresiva vertebración de una ciudad de piedra sí comportó un giro decisivo en

---

<sup>14</sup> T. Guiard, *Historia...*, op. cit., vol. I, pp. 382-386.

esta cuestión y con ello avanzó en el “proceso civilizatorio” –en el sentido empleado por N. Elias<sup>15</sup>– no sólo por lo que suponía de provisión de un bien de uso social manifiestamente necesario, sino sobre todo porque incidía en un ámbito en el que tanto la villa como la vecindad evidenciaban una incapacidad histórica manifiesta: la limpieza y salubridad de la ciudad.

Cuando hablo de suciedad, de podredumbre, de malos olores, de insalubridad, no me estoy refiriendo sólo a la de la colectividad comunitaria bilbaína, sino a la generada, vivida, percibida y sentida en o por el cuerpo urbano de la ciudad. Con respecto a la primera<sup>16</sup>, al menos hasta el apogeo de la cultura higienista que caracterizó a la ciudad burguesa del siglo XIX, conviene reiterar aquí que la secuencia urbana comprendida entre la ciudad renacentista y la ilustrada estuvo caracterizada por múltiples imaginarios de los malos olores, por los hedores pestíferos, por experiencias olfativas apenas concebibles o perceptibles para el bilbaíno contemporáneo. Y es que las calles presentaban múltiples recovecos que apestaban a orina, las escuálidas habitaciones donde se hacinaba la clase menestral apestaban a humedades, las cocinas apestaban a grasa de ballena y los talleres y bancos artesanos apestaban a excrementos de animales domesticados, en muchos casos mezclados con las sustancias contaminantes desprendidas por los materiales manipulados. El penetrante olor de los orinales y de las bacinas conteniendo desechos humanos constituía la atmósfera habitual de los pisos altos de las Siete Calles. En el Mercado Mayor, era frecuente, sobre todo en la estación estival, la putrefacción del pescado o la cocción de los panificables y harinas, con la consiguiente expansión de los olores nauseabundos. Tenemos testimonios de vecinos que se quejaban de la insalubridad del matadero y de la reiterada presencia de sangre coagulada en las carnicerías de los distintos barrios o cuarteles. La ingente cantidad de contratos matrimoniales que he revisado correspondiente a la Alta Edad Moderna bilbaína nos presenta a una multitud con un escaso vestuario, por lo que no es ninguna conjetura afirmar que los hombres y mujeres de la plebe vistiesen ropas sucias, de las que emanaran todo tipo de sudores. Los olores insufribles que se expandían por los cementerios de las iglesias de Bilbao constituían un *leit motiv* para los viajeros románticos, e informes de médicos y cirujanos preindustriales que trabajaron en Bilbao nos confirman que muchos de los cuerpos que trataron de sanar hedían de suciedad, de tumores malignos y de ranciedad. La ciudad, durante siglos, siguió estando sin depurar. Aun así, siendo vientre y granero, almacén y tienda, palacio y casilla, muelle y taller, el Bilbao de los siglos modernos rei-

<sup>15</sup> N. Elias, *El proceso de la civilización. Invetigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid, 1987 (la primera edición alemana es del año 1939), *passim*.

<sup>16</sup> Una aceptable introducción divulgativa puede seguirse en G.Vigarello, *Lo limpio y lo sucio. El cuerpo humano desde la Edad Media*. Madrid, 1991.

vindicaba limpiarse para sublimar sus imaginarios locales. Todas las viscosidades que la documentación expone, aunque emplee eufemismos, debían apresurar su circulación para al final conseguir su eliminación. La obsesión era limpiar, privatizar el desperdicio, domesticarlo e interiorizarlo<sup>17</sup>. Las ordenanzas de la villa obligan a cada vecino a barrer la puerta de su casa, a no echar basuras a la calle, a no aprovechar la oscuridad de la noche para arrojar inmundicias a las cárcavas, cantones y caños que constituían el sistema nervioso del cuerpo urbano, a no defecar en los portales ni orinar en cualquier lugar que se les antojase<sup>18</sup>. Ante la lógica de la salubridad urbana, un discurso jurídico reglamentista amalgamará una idea de lo limpio, con una ideología de la propiedad. Una y mil veces el registro documental de la ciudad de madera y de piedra, sin poder ofrecer todavía alternativas viables a sus vecinos, mira impresionado a la basura como otro paradigma de lo caótico, de lo no purificado, promoviendo una acción gubernativa municipal capaz de converger y convertir lo que se excreta y sobra en toda una suerte o miscelánea de pudores y prevenciones que debía abanderar la vecindad para alcanzar la presunción de tratarse de una comunidad virtuosamente cohesionada y limpia. Paradójicamente, Bilbao avanza en la Edad Moderna postulándose como el lugar de lo imputrescible, lo bello y lo magnífico -¿acaso no son estos los adjetivos que proponen los historiadores renacentistas y barrocos cuando describen la villa?- , asociando (en la dialéctica de los contrarios) lo pobre a lo vil, a lo bajo, a la corrupción y a la suciedad. La realidad histórica, sin embargo, no nos deja ningún resquicio al optimismo escatológico: las casas no siempre estaban provistas de pozos ciegos; la ciudad carecía de alcantarillados; las casillas que se desperdigaban por los numerosos huertos, heredades y patios traseros servían tanto de despensas como de letrinas. Lo habitual era desprenderse de los desperdicios sólidos o líquidos sin ningún miramiento. Los bilbaínos de entonces se valían también de otras posibilidades, como depositar las basuras en las cercas y acequias que bordeaban el perímetro jurisdiccional, a veces cruzando a las anteiglesias vecinas, o más sencillamente las amontonaban en los fosos naturales que fue creando el desmontamiento de las murallas. Junto a esto, la propia promiscuidad de las actividades económicas que protagonizaba la villa acabó constituyéndose como un plus añadido

---

<sup>17</sup> Otros ámbitos urbanos europeos asumieron semejantes principios higienistas. La promulgación de reglas y controles de la limpieza urbana constituye un capítulo no menor de las estructuras estatistas y de la cultura dominante de las clases dominantes de las ciudades del Viejo Continente. Esta perspectiva es asumida, entre otros, por D. Laporte, *Historia de la mierda*. Valencia, 1988; y R-H. Guerrand, *Las letrinas. Historia de la higiene urbana*. Valencia, 1988, *passim*.

<sup>18</sup> J. Enríquez Fernández et. alii, *Libro de Acuerdos y Decretos Municipales de la Villa de Bilbao (1505-1515)*. San Sebastián, 1995, esp. pp. 129-130, 161, 206-207, 238; de los mismos autores, *Ordenanzas Municipales de Bilbao (1477-1520)*. San Sebastián, 1996, esp. pp. 17, 158, 219, 224, 232, 236, 240.

de suciedad e insalubridad. Diversos expedientes del Concejo a lo largo del siglo XVII<sup>19</sup> nos informan de canteros tallando piedra en las dársenas de la Ribera o del Arenal al lado mismo de géneros y comestibles desembarcados, de rementeros arrojando escoria a la ría o esparciéndola por los arrabales, de estañeros martilleando en los huecos de las casas o de arrieros amontonando sacas de lana por el callejero urbano para que el viento desovillara y arremolinara los flecos y las hebras y los expandiese por la ciudad, facilitando así que cada verano la villa se pintara del color pálido, sucio y marfileño de la lana despacada<sup>20</sup>.

### III

Uno de los mitos de mayor recorrido histórico a lo largo de los siglos modernos, creado por los historiadores renacentistas de la ciudad de madera y consagrado por sus homónimos barrocos de la ciudad de piedra, fue el de la *urbe bien proveída y abastada*. Es rara la historia de la villa de Bilbao que no lo proclame y ensalce. Veamos algunos testimonios. Ibargüen y Cachupin no tuvo ninguna duda cuando escribió a finales del Quinientos lo siguiente: *Aquí hay muy buen mercado ordinario y el que mete carga saca carga y así está siempre esta villa muy llena y sobrada de mantenimientos*. Más exhaustiva y dicharachera se muestra la pluma contemporánea de Pedro de Medina: *Por su ría entran y salen las mercaderías y otras cosas hasta la villa, la cual en mantenimientos es uno de los bien abastecidos pueblos de España. Hay en ella continuo gran pósito de trigo en tal manera que nunca siente hambre ni falta (...) De vino es tan abastado que además de lo de la tierra es tanto lo que de fuera viene que se ballan en ella más de veinte diferencias de vinos de todas partes. Hay vinos blancos de Castilla, de Toro, San Martín, Yepes, Burgos, Navarrete, Logroño, vinos de Galicia, en especial de Rivadavia, vinos de Portugal, de Lapanica, vinos de Andalucía, blancos de Gibraltar, tintos de Jerez, romanías de Sanlúcar, vinos del Condado, tintos de Alicante... Es Bilbao muy*

<sup>19</sup> T. Guiard, *Historia...*, op. cit., vol. II, esp. pp. 519-525.

<sup>20</sup> A finales del siglo XVIII, el viajero Ch. A. Fischer nos informa que de la villa vasca salían para Inglaterra, Francia y Hamburgo anualmente entre cincuenta y sesenta mil sacas de lana. El embarque se realizaba en los meses del verano y *se ven en las calles y el Arenal cubiertos de puros sacos de lana y el río y el puerto aparecen llenos de gabarras*. En este transporte, aseguraba Fischer, se perdía mucho género *pero nadie osa reunir esos vellones porque existe la excomunión para quien se apropie de lana ajena. No he notado que los propietarios los bagan reunir por sí mismos, sino que la lana se queda en las calles sin ser utilizada...* La mentalidad utilitarista y racional de un viajero ilustrado burgués proponía la siguiente alternativa a semejante dispendio: (...) *¡Cuántos niños pobres que aquí abundan, tanto podrían ocuparse en ese trabajo!. Y que feliz comienzo sería para la industria indígena si se utilizaran por lo menos esos restos para hacer bilados..* (Ch. A. Fischer, "Descripción de Bilbao en el verano de 1797", en *Estudios Vizcaínos*, vol. IV, nº 7-8. Bilbao, 1973, pp. 229-250, esp. pp. 244-245.)

*abastada de carnes, muchas y muy buenas, especialmente vaca y carnero y todo género de aves y cazas. Hállanse ordinariamente en la plaza de Bilbao cada día más de cien mozas vendiendo cosas de mantenimiento... La villa vende pan, uno especial que llaman de Arrigorriaga y otro que llaman pan de fuego... Tiene Bilbao mucha abundancia de pescado, muy buenos, de todas suertes. Es tanto que no se puede decir la batura que de ello hay continuo, sin faltar. De frutas tiene tantas que una carga de manzanas vale diez maravedís y de otras frutas lo mismo.* Un siglo más tarde, a finales del siglo XVII el historiador de la ciudad de piedra Gabriel de Henao proclamaba: *La posición de Bilbao es muy para ponderarla. Concorre a su plaza cuanto se quisiere pedir por la boca. Cada día parece que es de mercado y aun de feria... Hállanse en abundancia todos los mantenimientos y regalos ... En la plaza asiste continuamente un Regidor, que pone tasa al trigo y otras vituallas y cuida de que sean sanas las que se venden.* En 1775, el irlandés afincado en Bilbao, Guillermo Bowles, rememrando la ciudad ilustrada, recreaba los surtimientos del mercado de la villa en los siguientes términos: *Entre tanta abundancia de pescados que se comen en Bilbao hay dos especies particulares a su ría, de que gustan infinitos a aquellos moradores: las angulas en invierno y los jibiones en verano... Bilbao se singulariza por la abundancia de frutas y verduras, pues además de lo mucho que se coge en sus alrededores, traen lo mejor de otros lugares distintos.* Finalmente, la villa penetraba en el siglo XIX alardeando de la opulencia de su mercado, al menos si damos crédito a lo escrito por el paseante D.M.V.D.R.: *(...) dimos en la plaza ... aquí reina el mayor orden y la más grande abundancia ... En primer lugar, el pan ocupa unas largas bileras...se encuentran en esta plaza legumbres y frutas ... Ni las flores se libran de venir a recrear a sus habitantes, pues en todas las estaciones se venden y a veces con barta estima. El reino animal tiene aquí su centro (...), ¡qué multitud de pescados!, ¡qué variedad!*<sup>21</sup>. Que nadie tenga duda de que podría añadir otros muchos testimonios de historiadores y viajeros, hasta el punto de convertir esta cuestión en un prontuario de afirmaciones coincidentes, tan ocioso como aburrido. Con todo, no se trata de un plagio redundante que cabalga sin brida ni freno durante centurias. En absoluto. Bilbao, antes que ciudad apellidada de madera, de piedra, ilustrada y burguesa, es un enclave de mercado, de transacción y compraventa para que sus naturales y foráneos puedan adquirir y proveerse de lo más necesario, asegurando así la supervivencia humana.

<sup>21</sup> *Crónica de Iburgüen y Cachupin*. Archivo Histórico Foral (A.H.F.). Varios. Libros Históricos. L-51. Manuscrita. Sin fecha, sin paginar (ha sido normalizada la ortografía y la sintaxis de la cita). P. de Medina, *Libro de grandezas y cosas memorables de España*, citado en T. Guiard, *Historia...*, op. cit., vol. V, pp. 75-76 (el título correspondiente a la descripción de la ciudad vasca es el siguiente: *De la villa de Bilbao y de las cosas memorables que hay en ella*). G. de Henao, *Averiguaciones...*, op. cit., vol. II. G. Bowles, *Introducción a la Historia Natural y a la Geografía física de España*. Francisco Manuel de Mena, impresor. Madrid, 1775. D.M.V.D.R., *Paseos de Bilbao o Cartas familiares sobre esta Villa*. Imprenta de Pedro Antonio Apraiz. Bilbao, 1802.

Estamos, pues, ante otro de los paradigmas que forma parte ineluctable del imaginarios comunitario en relación con el ámbito urbano, al extremo de constituirse en su más íntima identidad histórica<sup>22</sup>. Aun así, lícitamente nos podemos preguntar, ¿son ajustadas a la verdad las descripciones transcritas, que más bien nos recuerdan un reino de Jauja y un paraíso edénico o meras percepciones idealizadas y mixtificadas de la ciudad?, ¿por qué tanto empeño en subrayar la abundancia, la concurrencia y el periódico y regular abastecimiento de los vecinos?. El profesor A. Marcos Martín ha tratado de explicar esto aduciendo que en una época donde las hambrunas y escaseces eran cíclicas el hecho de sublimar el “mito de la abundancia” podría quizás conjurar la periodicidad infernal de tan inhóspitos huéspedes de la ciudad<sup>23</sup>. No enmendaré el juicio del historiador salmantino, pues lo comparto, pero añadiré algunas breves reflexiones sobre la construcción operativa y simbólica de las creencias espontáneas u opiniones de los historiadores y viajeros que arbitraron la tesis de la ciudad abundante y bien abastada del pasado bilbaíno. Como sabemos, en toda formación social subsiste siempre una cultura hegemónica a la que asociamos con la conciencia dominante y con la representación de la clase dominante. Tales modelos culturales influyen decisivamente en la estructuración del pensamiento y de la percepción. Pues bien, el mundo social urbano dominante no funciona siempre en términos de conciencia objetiva, sino en parámetros de convenciones, estereotipos y prejuicios subjetivos que hacen –sobre todo en el caso que nos ocupa– de la concurrencia cotidiana a un mercado un hecho natural, incuestionable e incontrovertible, una acontecimiento apresado e inmóvil, sin observaciones, matices ni críticas<sup>24</sup>. Los hombres que escriben tales testimonios dan por supuesto que si existe una plaza de mercado es porque la ciudad registra sin más una provisión prometeica<sup>25</sup>. No explican, por ejemplo, cómo se estructura el mercado, cómo se conforma la concurrencia, cómo se instituye el factor precio o cómo se interioriza la mercancía. Simplemente, detraen de la presencia secular de los puestos de venta y de la multiplicidad y exuberancia de los alimentos ofertados la esencialidad de la abundancia que, en última instancia, subliman y categorizan. Esta ausencia de análisis es la que hace bascular a los historiadores de los siglos XVI y

<sup>22</sup> En idénticas coordenadas y proposiciones analíticas se encuadran los trabajos de C. de Castro, *El abasto de las ciudades españolas del Antiguo Régimen. El pan de Madrid*. Madrid, 1987; St. Kaplan, *Les ventres de Paris. Pouvoir et approvisionnement dans la France de l'Ancien Régime*. Paris, 1988; A. Guenzi, “Il frumento et la città: il caso de Bologna nell'età moderna”, en *Quaderni Storici*, vol. XLVI, n° 1 (1981), pp. 153-167; etc.

<sup>23</sup> A. Marcos Martín, “Percepciones materiales e imaginario urbano en la España Moderna”, en J.I. Fortea Pérez (ed.), *Imágenes de la diversidad. El mundo urbano en la Corona de Castilla*. (Siglos XVI-XVIII). Universidad de Cantabria. Santander, 1997, esp. pp. 46-48.

<sup>24</sup> T. Eagleton, *Ideología*. Barcelona, 1997, *passim*.

<sup>25</sup> St. Kaplan, “Principio di mercato e piazza di mercato nella Francia del XVIII secolo”, en *Quaderni Storici*, vol. LVIII, n° 1 (1985), pp. 225-239.



XVII o a los viajeros del XVIII y XIX hacia un imaginario dóxico, en el sentido de que identifican la abundancia de mercancías en los mercados locales con la seguridad de la provisión de todas las economías domésticas y, por extensión, con la felicidad de su vecindario, pues también es recabado como comunidad imaginada. En definitiva, la lógica silogística de tales fuentes se mueve en una secuencia de circularidad atemporal, que podría sintetizarse y resumirse con las siguientes palabras: dado que los numerosos puestos existentes en la Plaza exponen todo género de comestibles, los bilbaínos ya están abastados y surtidos. Lógicamente, se trata de una lógica alienada por la presunción de que la mera presencia y desglose de mercancías así como la identificación del grupo de vendedores, proyecta y presupone la igualitaria y funcional organización del mercado urbano y el carácter cohesivo de la comunidad de consumidores bilbaínos. Sea como fuese, en tales derroteros se movieron y rotaron los historiadores y viajeros que glosaron los modélicos sistemas de abastecimiento de la ciudad. Ellos fueron los que inventaron y promovieron la mitogénesis transitiva de la abundancia que atravesará todas las ciudades abastadas de Bilbao. De aquí su constancia y persistencia y su capacidad de adaptación y mutación en la larga duración, aunque su transfondo fuera estructural y mimético. Por eso, en uno de los artículos publicados en la *Ilustración* de Madrid, Gustavo Adolfo Bécquer, recreando el mercado de la ciudad burguesa bilbaína, compendia siglos de un imaginario convencional que hundía sus raíces en las presunciones, estereotipos y dogmas de la alta cultura de la ciudad de madera renacentista y de piedra barroca, al escribir un texto que sin ninguna duda también entenderían y suscribirían Ibarra, Medina y Henao: *Nada puede concebirse más animado y pintoresco que el golpe de vista que ofrece el Mercado de Bilbao. Los vecinos pueblos de la costa y los habitantes de los caseríos próximos lo surten con abundancia de pescado fresco, volatería, frutas y legumbres ... Como una de las particularidades más notables es que todo lo que se vende en el Mercado lo venden las mujeres. No se ven entre ellas más hombres que algún otro aldeano, tipo perfecto del país, que, con boina de color y su imprescindible y disforme paraguas bajo el brazo, viene a acompañar a las muchachas desde el pintoresco caserío en que habitan*<sup>26</sup>.

Del cúmulo de textos reproducidos caben otras lecturas y análisis. Si los cronistas del pasado advirtieron que el mercado era un ámbito de cognición histórica sin paliativos, los historiadores del presente podemos proclamarlo como el vector decisivo del intercambio de bienes, como el acicate estructurador que salvaguardaba y protegía –en un extremo– la reproducción de las generaciones de la ciudad o impulsaba –en el otro– a la movilización y la pro-

---

<sup>26</sup> Cit. en I. Elizalde, *El País Vasco en los modernos escritores españoles*. San Sebastián, 1988, p. 27.

testa a la multitud urbana. Bilbao, una villa comercial y artesana por antonomasia, dependía de su hinterland para su subsistencia, pues como tal enclave urbano no podía abastecerse de sí misma. Su escaso perímetro jurisdiccional no generaba excedentes agropecuarios suficientes para el consumo de sus vecinos, precisando del suministro de las anteiglesias rurales y de las redes espaciales de abastecimiento que se trenzaban más allá de la provincia, de la región e incluso de la “nación”. Sobre estos escenarios, los notables de la villa fueron tramando una praxis de dominio efectivo que tuvo como resultado –sobre todo en el área de su circunferencia (Abando, Begoña y Deusto) y a lo largo de las parroquias que iba marcando la travesía del Nervión (Erandio, Baracaldo, Guecho, etc.)– una progresiva apropiación de la tierra, una dinamización subsidiaria de la división social del trabajo rural y una reorientación creciente de las iniciativas productivas que más les convenían, fundamentalmente en los sectores hortofrutícolas y cárnicos, pues sus productos eran los que mejor se adecuaban y optimizaban en la dinámica de las oscilaciones cíclicas a corto plazo y en los movimientos fluctuacionales de precios en la larga duración, con curvas favorables tanto en los mercados urbanos de Bilbao como en el resto de villas de Vizcaya<sup>27</sup>. Porque se mire por donde se quiera, será un reducido pero poderoso colectivo socioeconómico, compuesto por jauntxos amayorazgados afincados en la plaza y los comerciantes de la ciudad renacentista y barroca de Bilbao, el que irá articulando un flujo de excedentes que, en forma de renta de la tierra, coerciones tributarias y percepciones feudales<sup>28</sup>, se derramará sobre la élite referida, permitiéndole no sólo un consumo regularizado, sino la consagración de un mercado reglado en el que aquéllos se constituían como gestores, clientes preferentes y máximos receptores de los beneficios que dimanaban de las compra-ventas e intercambios generados por la concurrencia urbana y los procesos de succión de la tierra, progresivamente convertida en mercancía. Por lo demás, cualquier análisis de la estructura de los mercados de Bilbao en el periodo preindustrial, nos refiramos a la ciudad de madera o a la de piedra, colige y certifica la certeza de que no nos encontramos ante una ciudad frágil, como fue el caso de sus homónimas castellanas, en buena medida porque su clase dirigente supo

<sup>27</sup> Pienso que el mejor texto que prueba tales aseveraciones, convirtiéndose en un clásico de la historiografía vasca y peninsular, es la tesis de E. Fernández de Pinedo, *Crecimiento económico y transformaciones sociales del País Vasco, 1100-1850*. Madrid, 1974. Véase, además, E. Fernández de Pinedo y L.M. Bilbao, *La producción agrícola en el País Vasco peninsular, 1537-1850. Tendencia general y contrastes comarcales. Una aproximación*. San Sebastián, 1984.

<sup>28</sup> En realidad, sólo a partir de la dinámica histórica de los fenómenos referidos, muy complejos y conflictivos, se operó y discurrió el antagonismo entre las clases propietarias de Bilbao y las despatrimonializadas anteiglesias vecinas y nunca en presunciones psicologistas y caracteriológicas que convierten a la villa en el estereotipado epicentro del progresismo y la liberalidad y a su entorno rural en el escenario del conservadurismo y la reacción, por mucho que en el pasado lo postulase Guiard o, en la actualidad, vuelva a reiterarlo y enaltecerlo J.I. Ruiz de Olabuenaga, *Bilbao. La ciudad soñada*. Bilbao, 2000 (2 vols.), *passim*.

canalizar y distribuir una ingente masa de mercancías, desde combustibles básicos a artículos de lujo exclusivo, desde materias primas a productos semielaborados, desde alimentos perecederos a géneros coloniales, desde artículos en salazón a productos de huerta y pescado fresco producidos y comercializados por las angostas economías caseriales y costeras, algunos de los cuales acabaron en los recintos abaceros, taberneros, carniceros, mesoneros e infinitos puestos del trajín mercantil que, al por menor y al tanteo y menudeo, se desparramaban por la ciudad. Senso estricto, lo expresado aquí es el plácton de la coletilla de la abundancia que forjó y caracterizó el discurso historiográfico transcrito durante siglos. Y es que la política económica de la mesocracia bilbaína, claramente intervencionista<sup>29</sup>, fue capaz de orientar e impulsar la evolución fluctuacional de la coyuntura agraria de sus contornos, constituyendo a la ciudad en un mercado franco, y reforzando tal identidad con circuitos equilibrados del dar y del recibir. Con lo dicho no pretendo afirmar que, puntualmente, como es evidente para el siglo XVII, el pueblo de Bilbao –entiéndase, las categorías sociales trabajadoras y desheredadas– estuviese a resguardo de las crisis de subsistencia. No. Pero fueron raras y excepcionales las descarnadas hambrunas de la menestralía y masa jornalera durante las centurias modernas. Ni siquiera las “matxinadas” que caotizaron y conmovieron la apacible vida familiar de los gerontes de Bilbao tuvieron, como en otras ciudades y villas europeas y peninsulares, un prioritario sesgo o componente de *jacquerie* alimentaria.

La consolidación de los mercados del consumo básico de la ciudad de piedra redundó en el proceso de reproducción de las sagas familiares del comercio, en la especialización de los circuitos y sedes mercantiles y en el asentamiento de las clases nobiliarias; posibilitó, al mismo tiempo, el despliegue de oficios y artesanías que nada tenían que ver con la producción de alimentos y activó la diversificación de bienes y servicios para la recurrente mixtificación de la comunidad imaginada. Sin duda alguna, ya la ciudad de piedra barroca era el principal mercado vizcaíno de la cultura y el ocio, un funcional y prolífico foco de atracción y expectativas. De atracción para pobres y mendigos

---

<sup>29</sup> De hecho, la mesocracia local se valió del Ayuntamiento para intervenir en los flujos y reflujo del consumo urbano. Los llamados Regidores Diputados del Concejo, con mandato bimensual, tenían amplias potestades de inspección y control en el operativo de funcionamiento de los precios. Ellos tasaban las posturas del vino, sidra, toda clase de verduras, fruta, aceite de ballena y linaza, queso, jabón, sardina fresca y salada, así como cualquier género de pescado que llegase para venderse en la plaza o en la red callejera. También tenían prerrogativas sancionadoras y tasadoras en las conservas, confituras, dulces y sal. Por su complejidad e íntima relación con la supervivencia humana, las posturas del trigo, la cebada y otros granos que llegaban de Castilla y ultamar eran proveídas por otros dos Regidores, nombrados semanalmente, siempre tratando –si la coyuntura lo permitía– de abstraerse de las Pragmáticas de Tasas que para tales mantenimientos expedían los Consejos del Reino. Finalmente, otros dos ediles semaneros asistían al matadero y las carnicerías de Bilbao. (T. Guiard, *Historia...*, op. cit., vol. II, pp. 311-312)

que podían encontrar entre los ricos de Bilbao la solidaridad que confirmara, mediante óbolos vanidosos, su cristiandad sin tacha, o para ociosos rústicos y trabajadores errabundos que, año tras año, se apiñaban en la Plaza convertida en foso taurino, en las calles transformadas en convulsionarias y multitudinarias carreras procesionales o en el Ayuntamiento erigido en patio de comedias, auto sacramental y espectáculo profano. De expectativas, para miles de jóvenes campesinas que hallarían en el servicio doméstico un *modus vivendi* y un mecanismo de proyección y ahorro con los que ofertarse en los poliédricos mercados matrimoniales que tejía la ciudad, precisamente para unir sus vidas y anoréxicas fortunas a la de otros tantos miles de aprendices y oficiales mancebos que acudían o residían en la villa, promoviendo desde los bancos, los talleres, las tiendas y los escritorios una singular cultura del consumo popular, la llamada -acertadamente- *economía moral de la multitud*<sup>30</sup>. Si hoy podemos explicar la cuestión de los intercambios en los términos referidos, no es menos cierto que la prolija historia del mercado bilbaíno barroco permite vislumbrar -además- una densa sofisticación en la trama de los que lo protagonizaron, una notable estandarización organizativa en las redes de abasto y una subsidiarización fiscalizadora sobre la cual se asentaron y nutrieron los presupuestos concejiles. El mercado compartimentado e intervenido constituía la fuente de financiación e ingresos más trascendente del gobierno de la ciudad. No podemos obviar esta circunstancia; al contrario, debemos subrayar y permanentemente recordar que el mercado barroco se instituía como un prodigioso engranaje ubicuo que drenaba los Propios de la ciudad y sobre los mismos se disponían los Arbitrios de las sindicaturas de la villa<sup>31</sup>. Eso lo asumían todos, desde el regidor más altivo hasta la más ínfima panadera. Atomizando bienes de consumo, regularizando remates de provisión y abasto de productos específicos y supervisando con meticulosidad los componentes técnicos y de gestión de la concurrencia<sup>32</sup>, quedaba vertebrada y asegurada -como suelen reiterar las propias fuentes históricas municipales- *la ciudad bien abastada y mantenida*. Ni el más mínimo detalle del organigrama del

<sup>30</sup> Esta expresión, como categoría de análisis del pasado económico plebeyo y con un recorrido de debate e interpretación historiográfico muy enriquecedor, fue formulada por el historiador británico E.P. Thompson, "La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII", en *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Barcelona, 1979, pp. 62-134.

<sup>31</sup> Como trabajos de contextualización historiográfica obligada, véanse: M.A. Ladero Quesada, *La Hacienda Real de Castilla en el siglo XV*. Sevilla, 1973; M. Ulloa, *La Hacienda Real de Castilla en el reinado de Felipe II*. Madrid, 1977; A. Domínguez Ortiz, *Política y Hacienda de Felipe IV*. Madrid, 1960; y M. Garzón Pareja, *La Hacienda de Carlos II*. Madrid, 1981.

<sup>32</sup> T. Guiard, *Historia...*, op. cit., vol. II, esp. pp. 330 y ss., vol. III, esp. pp. 364 y ss.; M. Bezeerra, *Reglamento de las cargas y gastos que se deberán satisfacer de los caudales de Propios y Arbitrios de la Noble Villa de Bilbao*. Antonio de Egusquiza, impresor. Bilbao, 1778; M. Basas Fernández, *Breve historia de la Alhóndiga Municipal de Bilbao*. Biblioteca Diputación Vizcaya. Fondo Vascongado, V.-F.-5654, etc.

mercado quedaba al azar, libre de intromisiones. El vino, el pan, la carretería, los pesos y medidas, la cestería, el azogue, las carnes, el puente, la alhóndiga, el aceite y la grasa, el sellaje de paños, la nieve, el molino del Pontón, las medidas de la mar y un sinfín de bienes, productos e infraestructuras eran cada año sometidos al arrendamiento y la fiscalización<sup>33</sup>. Los arrendatarios de las posturas rematadas eran conscientes de que sólo una administración eficaz y un surtido regular les permitirían cerrar los ejercicios de sus obligaciones con beneficios. De hecho, como prueba el registro notarial, muchas sagas de afamados comerciantes bilbaínos comenzaron como rematantes de los Propios de la plaza durante el Seiscientos. Históricamente, caracterizó al enclave de Bilbao un mercado de precios elevados, repercutidos –en primer término– por los criterios de rentabilidad de los agentes que monopolizaban los abastos y –en segundo lugar– por la presión fiscal que, inferida como pauta de armonización presupuestaria, promovió ya el Concejo renacentista y consagró el Ayuntamiento barroco de Bilbao. Todo apunta a que la persistencia mimética del imaginario de la abundancia, que recorre la textualidad documental de historiadores y viajeros preindustriales, se sostuvo en el anquilosamiento y la jerarquización de las estructuras del mercado local. Por supuesto, el anquilosamiento y la jerarquización referidos eran basculares e hipotecadores: si en un extremo esclerotizaban a las economías domésticas populares, en el contrario vivificaban el buen funcionamiento de la maquinaria municipal, mediante un sistema universal de sisas, al tiempo que beneficiaban a sus oligarquías y mesocracias vecinales.

---

<sup>33</sup> Entre los componentes técnicos y de gestión de los mercados locales bilbaínos, cabe mencionar, aunque sea brevemente, el prolífico sistema de pesos y medidas. Hasta bien avanzado el siglo XIX, la heterogeneidad de pesajes y metrajes en los intercambios fue una fuente permanente de conflictos. Los desfalcos eran usuales y cotidianos, y sobre esta cuestión la documentación municipal y provincial acumula experiencias históricas múltiples del vecindario de Bilbao y que están todavía sin estudiar.